

Lectura del primer capítulo:

EL CÍRCULO ÁMBAR Y LOS MANDALAS DE ÁVALON

Tarde de lluvia

Nico estaba de pie frente a la ventana y estudiaba el cielo ensimismado. Con las manos en la cintura, vio como dos nubarrones negros se fundían para liberar un relámpago excepcionalmente luminoso. Entonces miró la esfera de su reloj de aguja y comentó:

-De aquí cuatro segundos llega el trueno.

Tumbados en la alfombra frente al tablero de ajedrez, Senda y Marius no contestaron. Estaban tan concentrados en la partida que el potente trueno les tomó por sorpresa. Del sobresalto, Marius derribó tres peones y un caballo, torpeza que Senda le recriminó así:

-Lo has hecho expresamente porque te veías perdido. Vuelve a poner las piezas en su sitio.

Marius se revolvió incómodo en su cuerpo de gigantón, que contrastaba con la delgada y flexible Senda, a la que a veces llamaban «lagartija». Entre ambos extremos estaba Nico, ligeramente atlético y con una profunda hendidura en la barbilla. Sus amigos estaban convencidos de que se había labrado ese surco de tanto apoyar la barbilla en los nudillos para pensar.

-La verdad es que no sé dónde estaban -dijo Marius resoplando-. Pero te doy la partida. De todas formas siempre me ganas.

Un nuevo foganazo de luz iluminó la sala. Los dos jugadores se taparon los oídos mientras Nico miraba su reloj y anunciaba con una sonrisa:

-Este tardará cinco segundos en llegar.

Efectivamente, transcurrido este plazo, un trueno algo más débil hizo temblar el suelo.

-¿Cómo lo has adivinado? -preguntó Senda.

-He observado que la tormenta se aleja a razón de un segundo por trueno. Pero la lluvia aún durará.

Como confirmando sus palabras, en aquel momento la cortina de agua se hizo más intensa y Sen-

da se apresuró a cerrar la ventana. Su madre le echaría una buena bronca si encontraba el parquet mojado.

-¿Otra partida? -propuso Marius conteniendo un bostezo.

-No gracias -dijo la chica-. Contigo no tiene aliciente.

-Yo no pienso jugar -advirtió Nico mientras inspeccionaba con toda confianza la biblioteca de su amiga.

Eligió un volumen grande de tapas duras y se sentó en un borde de la alfombra como si los otros dos no estuvieran. Era la típica actitud ausente de Nico.

Aparentemente no estaba, pero -como los perros que duermen con un ojo abierto- no bajaba la guardia de lo que sucedía a su alrededor.

Marius se agachó aún más para ver el título del libro: «ENIGMAS SIN RESOLVER».

-Una lectura ideal para un día de lluvia -comentó-. Si hay algo interesante nos lo cuentas. Con este tiempo no hay mucho más que hacer.

Y dicho esto se tumbó boca arriba como un oso, mientras Senda permanecía pensativa y se peinaba su media melena con la mano.

Con el efecto retardado de un trueno, Nico dijo:

-Extranormal: trata de fantasmas, monstruos antediluvianos, piedras que caminan solas, psicofonías... Todas estas cosas. Lo dicho: extranormal.

Sin duda, era su palabra favorita.

-No hables así de mi libro -le riñó ella-. Yo sí creo en estas cosas, ¿vale?

-Te interesa creerlo porque vives en un mundo de fantasías. Pero la mía es una mentalidad científica. Sólo creo en los hechos. ¿Tú que opinas, Marius?

-Pues no sé. Aunque hay fenómenos que me parecen un invento de charlatanes, no estoy seguro de que lo tengamos todo controlado.

-Bien dicho -intervino Senda.

-Eres un gran político, Marius -siguió Nico-. Siempre quedas bien. Pero decidme algo, chicos: ¿no os gustaría tirar de la manta y poner en ridículo a todos estos farsantes?

-¿Qué quieres decir con esto de tirar de la manta? -preguntó Marius.

-Quiero decir que sería divertido investigar estos fenómenos paranormales hasta encontrar una explicación. Luego enviaríamos las pruebas a la prensa. Ya veo los titulares: tres adolescentes demuestran que el Monstruo del Lago Ness es un gran engaño.

-Tienes que ponerte al día -rió Senda-. De haber existido, el Monstruo del Lago Ness se habría muerto ya de viejo.

-Bueno, pues lo que sea.

-Me parece una idea genial -dijo Marius-. De aquí una semana empiezan las vacaciones y no tengo nada que hacer. Además, así sabríamos dónde empieza la verdad y la mentira en todo eso.

-Necesitamos un nombre -añadió Senda entusiasmada-. Si hemos de salir en la prensa, tenemos que llamarnos de algún modo.

-Dejemos que lo decida el azar -propuso Nico-. Abre la ventana y lo primero que veas será el nombre.

Senda era una gran amante de los juegos, por absurdos que fueran, así que se deslizó como una lagartija hasta la ventana y la abrió de par en par. Luego sacó la cabeza sin importarle la lluvia.

En aquel momento, una anciana con paraguas cruzaba la calle muy lentamente, justo cuando el semáforo se había puesto ámbar. La imagen del disco anaranjado le asaltó con la fuerza de una revelación. Sin detenerse a mirar si la anciana lograba alcanzar la otra orilla, Senda cerró la ventana y dijo:

-Ya lo tengo: nos llamaremos el Círculo Ámbar.

Nico hincó la barbilla en el nudillo con la vista extraviada. Marius se aclaró la garganta y dijo:

-Es una posibilidad. Pero hay que pensarlo bien. Una vez se pone un nombre ya es para siempre...

Además, los periodistas nos preguntarán: ¿Por qué el Círculo Ámbar?

-Somos un círculo en el que nadie más puede entrar -respondió muy seria, como si realmente se hallara ante la prensa-. Hemos elegido el ámbar porque, en el semáforo, es el color del peligro. Nos dice que hay que moverse antes de que sea demasiado tarde. No te puedes quedar quieto.

-Muy bien visto -dijo Nico rompiendo su silencio-. Hay además otra razón para ese nombre. El ámbar es una resina fosilizada que simboliza lo arcano y misterioso, porque puede encerrar insectos con millones de años de antigüedad. En algunas piedras de ámbar hay incluso especies extinguidas.

Los tres se miraron sonrientes, señal que habían dado con el nombre adecuado. Senda abrió los brazos invitando a Nico y Marius a que le tomaran las manos. Los tres amigos formaron un círculo y juntaron las cabezas como signo de aprobación.

Pero el círculo no tardaría en romperse, ya que oyeron como se abría la puerta y entraba la madre de la anfitriona. Los chicos se apresuraron a recoger sus carpetas. Se había hecho tarde.

Una voz estridente sonó al otro lado de la puerta:

-Elisenda, ¿estas ahí?

La lagartija frunció el ceño. Odiaba que la llamaran así.